

La construcción del sujeto político: la narrativa cívica

María Cristina Nosei

Resumen

La narrativa social es la encargada de justificar la norma establecida, de fundar las razones de su existencia. El significado de la norma y el modo en que se proponga su construcción son clave en la formación de un ser humano. Si las razones que esgrime intimidan marcan la diferencia de jerarquías insalvables y amenazan con castigos irreversibles al desvío configurarán un sujeto temeroso, obediente de la ley que percibe inmutable. En ese marco concebirá la autoridad y el poder fuera de sí.

La narración mítica griega objetiva una concepción de poder, sus atributos y su finalidad. Esa concepción de poder sostiene la institucionalización de un orden social que reconoce el poder vinculante de Eros, fuerza creativa que posibilita las interacciones humanas y concibe el conflicto como potencia de cambio. La fractura del vínculo condena a la humanidad a la apatía y la violencia.

Del mundo griego, constructor de esta narrativa, emergieron la filosofía y la democracia. La democracia es un sistema de vida que vive, se reconstruye y transforma en tanto haya hombres y mujeres que, imbuidos de sus principios y valores luchen por su permanencia y mejora. Esa es la tesis y el desafío que nos plantea la tarea de educar.

Palabras clave: enseñanza, narrativa, vínculo-poder, civismo.

Grecia se reconoce como el espacio de nacimiento de la filosofía y la democracia, actividades ambas que, tal como lo plantea Castoriadis (2002), tienen en común su amor por la libertad: la libertad del pensamiento y la libertad de acción.

Asimismo, cuando decimos Grecia es casi inevitable evocar su construcción mítica, espacio simbólico y metodología de enseñanza para la formación del hombre político.

Vernant (2001) en su trabajo *Mito y Religión en la Grecia Antigua* asevera que:

Todo panteón, como el de los griegos, supone dioses múltiples, cada cual con funciones propias, ámbitos reservados, modos de acción particulares y patrones específicos de poder [...] Estos dioses están en el mundo formando parte de él... han nacido del mundo. La generación de aquellos, a quienes los griegos rinden culto, los Olímpicos, vio la luz al mismo tiempo que el Universo, diferenciándose y ordenándose. Este proceso de génesis se ha operado a partir de potencias primordiales [...] desde las que han salido simultáneamente y en virtud del mismo movimiento, el mundo... los humanos... y los dioses. (Vernant 2001:7-8)

Desde la mirada del autor, la religión griega es una “religión cívica” [...] “por que no hay ciudad sin dioses, los dioses cívicos requieren, como contrapartida, ciudades que los reconozcan, los adopten y los hagan suyos [...]” (Vernant 2001:15). Las significaciones imaginarias dan sentido al hacer y el decir de los sujetos y posibilitan la instauración del vínculo social, que se traduce en un orden social.

‘No hay ciudad sin dioses’. No hay organización humana posible si no está andamiada por leyes que devienen de normas morales surgidas de la interacción. No hay humanidad posible sin interacción.

La concepción griega de la creación. Las Potencias primordiales.

El relato mítico griego sostiene que en el origen estaba Caos (lo indiferenciado) y su esposa Nix (diosa de la noche oscura). En la oscuridad, y por ausencia de un espíritu diferenciador de las tinieblas, reinaba el silencio y la quietud aterradorante. Caos, corporización de vacío primordial, es sinónimo de ausencia de sentido, impedimento absoluto de todo movimiento creador.

Caos es destronado por su hijo Erebus (oscuridad) que engendra con su madre a Eter (luz) y Hemera (día). De la unión de Eter y Hemera nace Eros (el amor).

Eros se concibe como el animador, principio matriz del universo por su poder vinculante. Junto con Eros, nacen Pontus (mar), Urano (cielo) y Gea (tierra): comienzo de la diferenciación que hará posible el mundo social.

La relación de Urano y Gea da vida a los Titanes, los cíclopes y los centimanos, que representan las fuerzas temibles y desatadas de la naturaleza. Temeroso de sus hijos, Urano los condena a los abismos. Ayudado por su madre, Cronos (tiempo), el menor de los titanes, destrona a su padre y se une a su hermana Rhea (naturaleza apaciguada).

Cronos, para evitar el peligro que él mismo significó para su padre, devora a sus hijos, pero es víctima del engaño de Rhea que salva a su hijo menor Zeus, quien lo vence ayudado por los titanes, los cíclopes y los centimanos. Zeus, victorioso, obliga a Cronos a devolver a sus hermanos entre los que reparte los dominios del universo: para Poseidón, el mar, para Hades, el submundo, reservando para sí mismo el poder sobre el cielo y la tierra. Zeus se convierte así en el dios principal del Olimpo. La organización vence al tiempo y da comienzo a la historia.

Los Olímpicos. Zeus y la construcción del orden político

Los dioses no son personas, son Potencias que encarnan los valores. Desde la concepción de los valores, se enuncia la ley organizadora del conjunto social.

Zeus es un dios organizador, guardián del orden político y de la paz. Sus emblemas significan poder (trueno) y fuerza (rayo). Las sucesivas uniones de Zeus y los hijos que procrea configuran la significación griega del poder.

La primera esposa de Zeus es Metis (la prudencia), a quien devora estando encinta. De la incorporación de la prudencia al poder emerge la sabiduría: de la cabeza de Zeus nace Atenea, diosa de la razón y de la guerra que prefiere resolver las disputas por medios pacíficos. Se le atribuye el ser además una hábil tejedora, capaz de anudar los hilos que configuran una trama vinculante: el espacio social. De la cabeza de Zeus, Atenea nace adulta. De la cabeza emerge el pensamiento, el poder de la razón, poder capaz de derimir los conflictos sin necesidad de recurrir a la fuerza.

Zeus toma como segunda esposa a Temis (la Ley) con la que dio vida a las Horas (cuyos nombres se traducen como Paz, Orden y Justicia.) y las Moiras (agentes del Destino), simbolismo del orden sostenido por la ley que regula la vida social asegurando de este modo la paz y la justicia. Pero el poder y la ley reconocen, a partir del nacimiento de las Moiras, su propia autolimitación: lo fortuito, lo impredecible.

De su romance con Mnémesis (la memoria) nacen las Musas, símbolos de la capacidad creativa que involucra tanto al arte como a la ciencia. Mnémesis garantiza la victoria del pensamiento sobre la materia y funda toda inteligencia. La creatividad es deudora de la memoria, del recuerdo, del saber construido.

Al mismo dios se lo reconoce como padre de Afrodita (la belleza), de las Gracias (divinidades de la belleza, responsables de difundir la alegría), de Apolo (la armonía), entre los dioses más conocidos del panteón griego.

La concepción del poder. El poder de la ley

Negociar y renegociar los significados mediante la interpretación narrativa me parece que es uno de los logros más sobresalientes del desarrollo humano, en los sentidos ontogenético, cultural y filogenético de esa expresión. Culturalmente, el desarrollo se ve enormemente ayudado por los recursos narrativos acumulados por la comunidad y por los instrumentos igualmente preciosos que suponen las técnicas interpretativas: los mitos, las tipologías de los dramas humanos, también sus tradiciones para localizar y resolver narraciones diferentes. (Bruner 1991:75)

Los griegos no conciben el poder como fuerza nuda, caprichosa, irracional. El significado y el sentido del poder se transluce en su relato mítico.

El simbolismo del mito parecería indicar que del ejercicio de un poder andamiado por la prudencia cabe esperar la sabiduría, condición necesaria para enunciar la ley organizadora que posibilita la vida en comunidad. Vida en común, a partir de la creación del vínculo que implica alianza y obligación para el logro de la tarea propuesta. Vínculo nacido de la necesidad y corporizado en la norma que vehiculiza la concepción de la justicia. La ley incluye, fraterniza, protege a los que la admiten y la cumplen. Y es en la norma vivenciada como justa donde anida la esperanza de convivir con los 'hijos' de Zeus: amor, paz, armonía, belleza, alegría. La ley también excluye, sanciona al transgresor. Prometeo es testigo de ello: su desobediencia lo encadena a una roca.

El poder y la prudencia necesarios para enunciar la ley deben permanecer atentos y vigilantes para revisar lo enunciado. Nuevamente Prometeo da testimonio de la revisión de la ley cuando el mito relata la circunstancia de su liberación.

Zeus recurre a la fuerza cuando atisba un riesgo social: aquel que planteó Faetón conduciendo de modo imprudente el carro del sol. Cegado por la soberbia puso en riesgo a todo el conjunto y cayó abatido por el rayo olímpico.

¿La ley sólo es enunciada para los hombres? ¿El que enuncia la ley queda fuera de su alcance? Los diferentes relatos permiten aseverar que los dioses también debían cumplir las leyes, responsabilizarse de sus actos. Ellos también estaban sujetos a la ley y, en caso de transgredirla, debían reparar su error asumiendo el 'castigo' impuesto para el caso. Apolo, preso de un deseo de venganza, fue condenado a nueve años de trabajo en la tierra al servicio del rey de Tesalia. La ambición de poder le implicó a Poseidón la obligación de construir las murallas de Troya como sirviente del rey de esa ciudad.

La transgresión alude a una falta moral y amerita una sanción. Antes de recuperar su lugar, hombre o dios deben reparar su falta. Zeus también comete errores y debe sufrir por ello. El soberano del cielo debe renunciar a muchos de sus deseos y caprichos. No es un dios 'perfecto', no está exento de las tentaciones, pero debe aprender a renunciar a su libertad plena y sujetarse a la misma ley que enuncia y representa.

La ley que regula el comportamiento social no se considera inmutable, por ello el mito contempla el nacimiento de la actividad creadora, las musas que inspiran el arte y la ciencia están allí para demostrarlo.

Apolo, dios de la armonía, es también dios de la medicina y del vaticinio. Las musas son sus compañeras, sin las cuales la armonía correría el riesgo de petrificarse, rutinizarse, agotarse en la repetición de un estereotipo. La capacidad predictiva de Apolo no exime a los seres humanos de su responsabilidad en la acción. La predicción debe ser interpretada.

La armonía propicia la salud tanto física como mental, y en el equilibrio es posible predecir, razonar, crear. Dar vida.

Eros y Dionisios. La concepción del conflicto

El funcionalismo entronizó el concepto de orden y consideró al conflicto como un indicador de enfermedad social. Las teorías críticas recuperaron la idea del conflicto como inherente a las relaciones humanas y matriz de cambio a partir del reconocimiento del conflicto como problema que desafía el pensamiento y pone de manifiesto la capacidad imaginante. La verdadera dificultad se le plantea a los grupos cuando vivencian como dilemáticos el orden y el conflicto.

El orden tiene una faz represiva y una faz protectora. En algunas versiones míticas, Eros aparece como hijo de Afrodita (la belleza) y Ares (la guerra) pudiendo percibir que en esa alianza se simboliza que el impulso creador implica a su vez la destrucción de un orden anterior.

El conflicto cuestiona el orden establecido y propugna, a partir de su problematización, un nuevo orden, un nuevo equilibrio, una nueva forma de inclusión.

Como ya señaláramos anteriormente, Eros, el amor, es la potencia creadora, el impulso de unión con el otro, impulso que da lugar a la vida y al conocimiento. “[...] impulso renovado que empuja al individuo a buscar formas cada vez más elevadas de Verdad, Belleza y Bondad. Los griegos creían que esa continua regeneración del Yo era inherente al eros [...]” (May 2000: 73).

Eros es el responsable de la creación, Zeus organiza y administra posibilitando el surgimiento de la Armonía (a través de su hijo Apolo). Así, si la armonía social es deudora del orden lo es mucho más del vínculo amoroso. La ausencia de amor, la incapacidad de poder establecer vínculos con los otros, deja al sujeto solo e impotente. Incapaz de influir sobre sí mismo y sobre el entorno se ajeniza, pierde el poder sobre sí.

Rollo May (2000) afirma que la antítesis del amor no es el odio sino la apatía. La ausencia de pasión inhibe la emoción, palabra cuya raíz etimológica remite a movimiento (*e-movere*). Imposibilitado de sentir, inmovilizado por la ausencia de emoción, el sujeto deviene en impotente. La frustración profunda que implica la impotencia lo convierte en un ser violento, vista la violencia como su último recurso de influir a través de la destrucción sin propuesta alternativa.

La narración mítica griega objetiva una concepción de poder, sus atributos y su finalidad. Esa concepción de poder que implica la institucionalización de un orden social que permite las interacciones humanas no niega la existencia del conflicto, representada en la figura de Dionisios.

Dionisios es hijo de Zeus y su contrario, Dionisios es el des-orden. Acorde al relato mítico, reconocer la presencia de esta divinidad, de prestarle atención a lo 'diferente', lo 'otro', escenificado en los rituales, aseguraba la permanencia del grupo social. Desconocerlo, por el contrario, acarrea el desastre y la desintegración de las instituciones (familia, Estado). Negar el conflicto es negar la diferencia, lo que conlleva a convertir las concepciones en dilemáticas: en ese espacio no hay lugar para el acuerdo. La negación del conflicto desata la violencia y la única ley que reconoce la violencia es la ley del más fuerte.

La fractura de la ley, la anomia, desvincula y en el desvínculo crece la inseguridad y el miedo. La vivencia de peligro amenaza con una involución, una regresión a lo caótico, al uso de la fuerza en reemplazo del pensamiento: el vínculo creativo deviene en violencia destructora.

La narrativa cívica. La construcción del sujeto político

Vernant (2001) concibe la mitología griega como religión cívica dado que la misma apunta a la educación del ciudadano, del hombre social. No hay para el griego otra vida más que su vida terrena. Después de la muerte se convierte en sombra sin memoria. Su esperanza de trascendencia está en una vida digna de ser recordada por los otros. Y ello dependerá del rol social que haya cumplido.

El autor citado rescata que el relato griego no tiene un credo que es necesario adoptar acriticamente. Cada narrador (ciudadano común o poeta inmortal) adecuó el mito a la circunstancia, lo reelaboró de acuerdo con su concepción del hombre y la sociedad y a su visión del poder. Y en esa diferencia de interpretación emerge el conflicto de ideas y de su análisis y resolución deviene el cambio social. Es en el mundo griego, constructor de esta narrativa, donde surgen la filosofía y la democracia.

El orden establecido se internaliza en los sujetos a partir del proceso de socialización. La norma externa deviene en norma interna, y en ese proceso el individuo deviene en sujeto social.

Freud ve en el establecimiento de las normas de derecho un sacrificio de lo pulsional que sirve a dos fines: la protección del ser humano frente a la naturaleza y la regulación de los vínculos recíprocos entre los hombres. El mismo autor definió la salud mental como la capacidad de amar y trabajar.

El hombre limita con dolor su libertad individual por su necesidad de convivencia, su necesidad del otro, tanto para el trabajo como para el amor. El derecho, la norma surgirá de la 'alianza entre hermanos' o sea de la negociación entre iguales.

Ser igual sin perder la mismidad, ser semejante siendo uno mismo. Ese es el proceso arduo que le cabe a la socialización.

La narrativa social es la encargada de justificar la norma establecida, de fundar las razones de su existencia. El significado de la norma y el modo en que se proponga su construcción son clave en la formación de un ser humano. Si las razones que esgrime intimidan, marcan la diferencia de jerarquías insalvables y amenazan con castigos

irreversibles al desvío, configuran un sujeto temeroso, obediente de la ley que percibe como inmutable. En ese marco concebirá la autoridad y el poder fuera de sí.

El exceso de límites genera en los sujetos culpa, incapacidad de interrogarse, de transformar, de transgredir. Son sujetos conformistas, conservadores. Por el contrario, el déficit de prohibiciones estructurantes es un acto de abandono responsable de la construcción de seres incapaces de sentir culpa ni remordimiento por falta de conciencia moral, lo que les impide reconocer al otro. Difíciles de influir, se vuelven indiferentes a sí mismos y a los otros. Su credo enuncia que nada importa, todo da igual, nadie es el responsable de nada. Excluidos del vínculo, los embarga la apatía y los domina la violencia, actitudes que ponen en riesgo su propia persona y la comunidad.

Tanto el exceso como el déficit de límites estructurantes denuncian un fracaso educativo que favorece las relaciones violentas, la indiferencia, el conformismo. En ese marco, Eros agoniza y, con él, el conjunto social.

La relevancia del vínculo en el acto de enseñar y de aprender.

El sujeto podrá organizar el mundo de la experiencia y alcanzar distintos niveles de representación y pensamiento siempre que se brinde un sostén, una apoyatura vincular. Ese sostén cumple una función yóica [...] [que] implica una mirada que nunca es neutra, sino plenamente significativa y nos condiciona y nos condiciona. El Otro puede por lo tanto facilitar u obstaculizar el aprendizaje; permitir la progresiva autonomía del que aprende o someterlo, transmitiendo desconfianza hacia el mundo y menoscabando la misma confianza en sí mismo del sujeto. (Pruzzo 1997:18)

Educación

Educar es vincular, integrar, hacer de cada uno un Zeus soberano de sí, capaz de gestionar su vida a partir del poder que es capaz de construir. Las historias de dioses y héroes son en realidad historias que remiten a conflictos humanos. Historias de tentaciones y renuncias. Relatos de riesgos y triunfos, que señalan un camino pero sin negar sus bifurcaciones. El relato debe provocar la emoción e invitar al pensamiento para producir una acción responsable.

Ekstein y Motto (1972), en su obra *Del aprendizaje por amor al amor al aprendizaje*, afirman que:

[...] La primera fase en el proceso del aprendizaje es aquella en la que se trabaja para obtener amor. En dicha fase [...] se desarrolla lentamente la identificación con el maestro y, en la medida en que eso ocurre, el aprendizaje basado en la relación se hace cada vez más dominante. Debido a esta identificación con las maneras de trabajar y pensar del maestro, sus intereses y curiosidades, sus actitudes frente al conocimiento y la capacidad, los procesos de identificación mismos pueden llevar a la tercera fase [...] al aprendizaje por amor al trabajo mismo, con su progreso, su descubrimiento y dominio de la capacidad y el conocimiento [...]. (Ekstein & Motto 1972: 154)

A lo largo de este trabajo hemos tratado de demostrar el poder del relato como método para la formación de un sujeto autónomo y cooperativo.

Pero los valores enunciados en los relatos no pueden desdeñarse con lo actuado, por que así se convierten en discurso fatuo, vacío, hipócrita. El relato que invita a pensar sobre el respeto y la solidaridad debe encuadrarse en un ámbito donde ambos valores sean tangibles, reales, evidentes en los actos cotidianos. Es imposible invitar al diálogo en un marco de agresión, o aludir a las razones en un espacio de imposición.

Si deseamos trabajar por la inclusión en particular en momentos en que el proceso de marginalización parece crecer en proporción geométrica, debemos reflexionar sobre el papel que desempeña lo vincular en la práctica educativa. Detenemos un momento y pensar, ayudado por la voz de los 'antiguos' sobre los aspectos medulares de la enseñanza, su núcleo ético y político. Incluir, implica re-pensar, tal como nos lo enseñó la Escuela de Barbiana, cuántos niños 'están' en la escuela pero perdidos para la clase, condenados al destierro y al envejecimiento entre compañeros. La estadística vela el sufrimiento, oculta el conflicto, niega la presencia de Dionisios, y con ello el peligro de la destrucción humana y social aumenta. En ese marco, el sentimiento que predomina es el resentimiento

Escolarizar no es sinónimo de educar, como agregar no lo es de incluir y retener no garantiza formar. Urgidos por los contenidos perdemos la finalidad: el contenido como un medio para la comprensión. La comprensión como posibilidad para la acción responsable y solidaria con el conjunto social.

La democracia es un sistema de vida que vive, se reconstruye y transforma en tanto haya hombres y mujeres que, imbuidos de sus principios y valores, luchen por su permanencia y mejora. Esa es la tesis y el desafío que nos plantea la tarea de educar.

Tal vez algunos piensen que es un esfuerzo inútil. Que no todos pueden.

Los educadores, en tanto tales, no tenemos opción.

Bibliografía

- Bruner, J.(1991). *Actos de significado. Más allá de la revolución cognitiva*. Madrid: Alianza.
- Castoriadis, C. (2002). *Sobre el político de Platón*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Ekstein, R & Motto, R. (1972). *Del aprendizaje por amor al amor al aprendizaje*. Buenos Aires: Paidós.
- Freud, S. (1976). *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu.
- May, R. (2000). *Amor y voluntad. Contra la violencia y la apatía en la sociedad actual*. Barcelona: Gedisa.
- Pruzzo de Di Pego, V. (1997). *Biografía del fracaso escolar. Recuperación Psicopedagógica*. Buenos Aires: Espacio.
- Vernant, J. (2001). *Mito y religión en la Grecia antigua*. Barcelona: Ariel.

Fecha de recepción: 27/08/2004 · Fecha de aceptación: 20/11/2004